6. Mi relación con mi tío Ignacio y con el monasterio del Parral

MARÍA LIZCANO FERNÁNDEZ
marlizcano@gmail.com

Mi tío Ignacio, el monje jerónimo fray Ignacio de Madrid, ha fallecido el 18 de junio de 2017 en el Monasterio de Santa María del Parral de Segovia. Este hecho me lleva a refrescar los recuerdos que me quedan de mi relación con él y me vienen unos cuantos a la cabeza.

El primero de ellos es el de la fiesta de Pentecostés[1] del año 1958. En esa fecha hice mi primera comunión, junto con mis dos hermanos mayores Emmanuel y Pablo, en el Monasterio de Santa María del Parral. Visto desde ahora, era una época extraña en una España sombría todavía de posguerra. Me parece que todo lo que tenía que ver con la iglesia estaba rodeado de un cierto halo de misterio y resultaba bastante enigmático. Mis padres eran cristianos activos y consecuentes con sus creencias y eligieron el Parral como un lugar apartado donde poder celebrar un acontecimiento importante pero alejado del boato, y muchas veces también de la ñoñería, de otros centros religiosos.

La experiencia resultó una gran aventura para mí, poco acostumbrada a viajar. Nos dimos un buen madrugón para coger uno de los primeros trenes que nos llevara de Madrid a Segovia. Fuimos acompañados de unos pocos familiares, los más cercanos, y al llegar al Parral nos incorporamos a la Eucaristía del domingo de Pentecostés, abierta, como era habitual, a todo el público que quisiera asistir. Nosotros hicimos allí nuestra primera comunión sin que supusiera ningún festejo excepcional.

Al terminar la ceremonia, como era preceptivo estar en ayunas, toda la familia tomamos un desayuno especial: chocolate, churros, bizcochos. A continuación llegó la parte más dolorosa para mí. En aquel momento éramos 5 hermanos: cuatro varones y yo, la única mujer. Todos mis hermanos pasaron el resto de la mañana visitando las distintas dependencias del monasterio y yo esperaba pacientemente con los adultos. Mis hermanos volvieron entusiasmados contando que habían visto la gran huerta donde cultivaban montones de verduras, frutales y hortalizas. Que habían recogido huevos de las gallinas, jugado con los conejos y echado pan a los patos y los peces. Además, habían visitado la carpintería y traían algunos «valiosos» restos de maderas. Yo, como niña, no podía entender el porqué de aquella discriminación. Pero aquel tiempo de espera lo recuerdo como mi primera experiencia de lo que puede ser la eternidad.

Al final de la jornada volvimos a Segovia para coger un tren de vuelta a Madrid. En el Pentecostés de 1962, con motivo de la primera comunión de mis hermanos Francisco y Tomás volvimos al Parral. Esa vez tampoco pude visitar las «zonas

1 Pentecostés es la fiesta que conmemora la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

prohibidas» y permanecí en el claustro de entrada junto a algunos familiares y algún monje que nos acompañó. Siendo estos frailes tan amables, cómo era posible que hiciesen tan penosa exclusión. Esto me hizo sumirme en un verdadero debate interno.

Los años fueron pasando y los monjes jerónimos formaron parte de mi paisaje debido a las visitas habituales que hacían a casa de mis tías, donde siempre eran bien acogidos. Sobre todo por Concha que, en el reparto de tareas, era la encargada de la logística doméstica. Mi percepción era que entre Ignacio y ella siempre hubo un «feeling» muy especial. Mis tías Laura, Concha y Asunción formaron parte de mi grupo familiar más próximo porque se quedaron viviendo en la casa paterna. Nos criamos con ellas puesto que vivíamos en portales contiguos. Cuando los frailes venían a Madrid para hacer gestiones solían comer o pernoctar allí. Sus hábitos, sus costumbres, el hecho de bendecir la mesa y sus maneras, siempre amables, formaron parte de mi imaginario infantil.

Cuando empecé a viajar por mi cuenta, pasaba a saludarles siempre que iba a Segovia. Durante mi primera juventud formé parte de un grupo scout que hacía frecuentes salidas al campo y con el que pateaba toda la geografía española. Todavía hoy seguimos haciéndolo juntos, con nuestros hijos y nietos, a pesar de que han transcurrido alrededor de cincuenta años. En aquel entonces no había becas Erasmus ni planes Bolonia pero los jóvenes ya teníamos el gusto y la inquietud de abrir fronteras y conocer lo más posible nuestro entorno.

En una de aquellas excursiones, andábamos por tierras extremeñas y yo quise acercarme al monasterio de Yuste para saludar a mi tío porque sabía que andaba por allí. Al llamar a la puerta el hermano portero abrió la mirilla y exclamó: ¡María! Me quedé anonadada. Este fraile estaba en el Parral cuando hice la primera comunión y ¡me había reconocido! Hizo que pasáramos todos los componentes del grupo y estuvimos un rato de charla. Empezó a atardecer, el tiempo fue empeorando y se puso a llover. Nosotros quisimos despedirnos para ir a buscar un sitio donde dormir pero no fue posible. Los frailes nos agasajaron con una sopa caliente y nos llevaron a las antiguas dependencias de Carlos V, que en aquel entonces no estaban restauradas ni abiertas al público, para que no estuviéramos a la intemperie. Había una enorme chimenea de leña y pasamos allí la noche con nuestros sacos de dormir.

Sobre este encuentro me gustaría resaltar algunas cuestiones. Una de ellas es que este grupo scout estaba formado por chicas y chicos. Corrían los primeros años setenta. Era el primer grupo mixto que se creó en España como experiencia piloto. Estas actividades resultaban muy novedosas, en un país todavía inmerso en la época franquista, y generalmente llamaban la atención, e incluso escandalizaban, a las mentalidades más convencionales[2]. Sin embargo, los frailes nos acogieron con la mayor espontaneidad y hospitalidad. Como anécdota divertida añadiré que la única compensación que intentaron obtener, a cambio de su amabilidad, fue el tratar de convencer a alguno de los varones de las excelencias de la vida monacal para que se quedaran formando parte de su comunidad. Aunque no tuvieron éxito, fue una velada llena de humor y simpatía.

2 He de añadir que mi madre, María Jesús, que trabajó más de cuarenta años como maestra, además de haber criado a siete hijos, siempre mantuvo un pensamiento afín a la Institución Libre de Enseñanza y nos animaba a este tipo de experiencias.

La otra cuestión a destacar es que esa estancia fue posible, según me dejaron claro desde un principio, gracias a que mi tío no estaba en Yuste. Había salido de viaje. Me dijeron: «vais a cenar y a dormir aquí gracias a que no está tu tío. Si él estuviera nunca habría hecho esto porque lo habría considerado como una atención excesiva a la familia y su sentido del rigor y la austeridad no lo hubiera consentido».

Ese mismo sentido de la sobriedad les acompañó toda su vida. Cuando mi hermano Tomás, arquitecto, les entregó, a petición de ellos, un proyecto de calefacción para El Parral, donde vivían un considerable número de ancianos, le dijeron que no se habían entendido bien. Que ellos no querían calentar el monasterio. Su único objetivo era evitar que se congelara el agua de las cañerías.

En los últimos años mi hermano Tomás y yo hemos ido a verle al Parral con cierta frecuencia. Sobre todo por llevar a su hermana Asunción. Eran los dos únicos hermanos, de los once que habían sido, que quedaban con vida. A los dos les gustaba pasar el día juntos y recordar anécdotas familiares. Solíamos ir en agosto, por San Ignacio, y en enero por su cumpleaños. Estas últimas veces la estancia comenzaba participando en la misa de la comunidad en la capilla pequeña. Después pasábamos un rato de charla con alguno de los frailes. Con fray José, siempre tan cercano y acogedor. Con fray Antonio, recordando las épocas de Columela. Con fray Andrés, el actual prior, y tan puesto al día en las nuevas tecnologías. Me consta que mi tío fue un enfermo muy «guerrero» en sus últimos años y fray Andrés siempre le cuidó con paciencia y cariño. Estas últimas veces pude conocer y admirar distintas dependencias como la sacristía y otros claustros siempre limpios, bien cuidados y rebosantes de agua y flores. Aún me queda la espinita de no haber estado nunca en la magnífica biblioteca. Mi tío Ignacio fue un persistente lector y amante de los libros. Entre sus prioridades estuvo, constantemente, la de dotar al Parral de una buena biblioteca. Una de las joyas con las que hoy día cuenta el monasterio.

Por supuesto que no nos dejaban marchar sin haber comido allí. Mi comedor favorito era, sin lugar a dudas, el de verano. Siempre fresquito, a la sombra de una parra y con unas vistas privilegiadas del Alcázar de Segovia. Nunca me senté a una mesa tan primorosamente puesta. Con un mantel de hilo bordado a mano. Con unas flores recién cortadas y con las mejores viandas que tenían a su alcance. En el mismo lugar en que conservo una foto del día de mi primera comunión.

Podría acabar diciendo que mis diferentes contactos con los frailes jerónimos fueron evolucionando con el paso del tiempo. De lo sobrecogedor de mis primeras visitas infantiles a la familiaridad, la amabilidad y la hospitalidad inigualable de los últimos encuentros. Y les reconozco, con admiración, que tienen un saber acerca de la paz y la felicidad. Conceptos que mientras se conviven con ellos no resultan en absoluto abstractos.



María Lizcano Fernández. Mayo 1958. Monasterio Santa María del Parral.



María Lizcano Fernández con sus padres (Manuel y María Jesús) y hermanos (Emmánuel, Pablo, Francisco y Tomás). Mayo 1958. Monasterio Santa María del Parral.



María, Emmánuel y Pablo Lizcano Fernández en el día de su primera comunión con su tío Ignacio. Mayo 1958. Monasterio Santa María del Parral.



Francisco y Tomás Lizcano Fernández, en el día de su primera comunión, junto a su familia. Mayo 1962. Monasterio del Parral.



Fray Ignacio de Madrid, soplando las velas el día de su noventa cumpleaños. Le llevamos una tarta hecha en un molde de osos como un guiño a su hermana Asunción, coleccionista de osos. Enero 2014.



María Lizcano con su tío Ignacio, el día de su noventa cumpleaños, en uno de los claustros de Santa María del Parral.